

AB INITIO

... Y yo no sé, apartado de todas las morales,
lo que pensáis en vuestros sillones doctorales,
de esta misa en que, opuestos, pero á la vez cabales,
el asno, el cisne, el águila, me han dado sus misales.

Bajo de los oídos los pliegues de mi manto,
descubro mis pupilas que os admiraron tanto,
y en la inacción de vuestra perplejidad, levanto
la triple afirmación segura de mi canto :

«Vendimión : porque el rayo
»tuyo no me aniquile
»en la tormenta trágica,
»viviré como el asno,
»amaré como el cisne,
»crearé como el águila.»

Empuñando la vara florida de los años,
sobre las esperanzas, sobre los desengaños,
y apacentando mis ideales rebaños,
mística escala, pongo mi pie en tus tres peldaños!

VENDIMIÓN ERMITAÑO

LIBRO DE HORAS

HORA PRIMERA

I

— Vendimión, padre del yermo,
ábreme, á ver si amortajas
la fiebre de mis delirios
con la nieve de tus barbas;
Vendimión, señor abad
de la rígida cayada,
donde se posan los pájaros
y á los oídos te cantan;
Vendimión, del capisayo
color de ceniza humana,
que, como estás siempre en Dios,
la muerte es tu propia casa;
por los ásperos abrojos
he trepado á tu montaña;
no me dejarán mentir
las heridas de mis plantas.
Supe de ti, Vendimión,
por el son de una campana
que de día á nacimientos,
de noche á muertos doblaba;

dicen que la tienes fija
 de un garfio, sobre tu cama,
 encima de aquella fosa
 que todos los días cavas;
 honda fosa, fosa abierta
 de tal modo y por tal traza,
 que toda la humanidad
 entierra en ella sus ansias;
 Vendimiión, padre del yermo,
 yo te llamo ó tú me llamas;
 aquí vengo con mi alforja;
 deja á un lado tu cayada,
 trae tu mano que me ayude,
 que con las mías no basta;
 ¡Santo Cristo, qué camino
 para hacerlo con tal cargal
 No se ofenderá la yerba
 de esta roca centenaria,
 si dejo la alforja en ella
 mientras oigo y mientras hablas;
 que, aunque fué peso tan duro
 que me rompió las espaldas,
 pienso yo que no habrá tallo
 que no pueda soportarla;
 pienso yo que no habrán céspedes
 que se arruben aguantándola;
 pienso yo que no habrán hojas
 que se doblen al rozarla...
 En mi alforja va mi vida,
 padre abad; deseos, ansias,

la mitad hecha recuerdos,
 la mitad hecha esperanzas;
 en mis hombros carga recia,
 en las yerbas, poca carga.

II

— Hijo de los pies sangrientos,
 bien venido seas hoy;
 ni te llamo ni me llamas,
 pero nos reune Dios.
 Deja tu alforja en las yerbas,
 si al dejarla estás mejor;
 descansaras más, dejando
 sobre ellas el corazón.
 Quedémonos á la puerta,
 que se está poniendo el sol;
 como somos enemigos,
 cuando él muere, gozo yo.
 Si te da tristeza ver
 tan triste la creación,
 entraremos en mi choza
 que es capaz para los dos;
 verás negro, verás negro,
 y en lo negro no hay dolor;
 me dirás tus amarguras
 mientras voy cavando yo;
 de la tierra de la fosa
 sale un fresco encalmador;

las cenizas removidas
son un velo contra el sol;
en los párpados se posan,
dan un lánguido sopor.
En la tierra de la fosa,
mi buen hijo, haremos hoy,
para el peso de tu alforja,
removiéndola, un rincón.

III

— Entremos en ella, entremos,
Vendimión, padre ermitaño;
yo descansaré en tu choza
mientras tú vayas cavando.
Yo te diré mis heridas,
tú me explicarás un bálsamo;
no me da miedo el sopor,
que descansaré mis párpados;
la luz me da miedo, que
de lágrimas que he llorado,
tengo los ojos en sangre
y el sol se ceba, cegándolos.

HORA SEGUNDA

I

— Padre ermitaño, el rumor de tu azada
no sé qué tiene que va serenándose...
Dime si es cierto que suenan en ella
los rumores de mundos que nacen.

Dime si es cierto que están en tu azada
todos los vientos que mueven los árboles,
todas las aves que cantan en ellos,
todos los nidos que dejan las aves.

Dime si es cierto que caen de tu azada
todas las aguas de las soledades,
todos los ríos que forman las aguas,
todas las olas que llenan los mares.

Dime si es cierto que enciendes con ella
un resplandor de remotos hogares,
y una dulzura de astral luminaria
y una ferviente legión de volcanes.

Dime si es cierto que, hiriendo en la roca,
abres con ella los surcos iguales,

en donde veo caer como soles
rubias semillas de ocultos trigales.

Dime si es cierto, señor ermitaño,
que de esa azada que yergues y abates,
todas las manos de todos los hombres
colgando están en racimo gigante.

II

En la sombra de la choza
se hacía un gran resplandor,
crecía la noche afuera,
yo nunca he visto mejor;
las barbas del ermitaño
doble vía láctea son,
raudales de blanca lumbre,
fundido arroyo de sol.
Desde la fosa en que cava
sale, tronando, su voz;
de cada palabra brota
cabal significación,
un mundo nace con ellas
dentro de la choza; yo
recibo aquel mundo infante
con un sagrado temblor...

Dice padre ermitaño:

— En este pedernal de que es mi azada,
tengo la llama eterna aprisionada;

guardo, entre sus centellas,
la energía de todas las estrellas;
que el fuego es el camino
y el perenne caudal de lo divino.

Del pedernal de mi vetusta azada
brota la creación maravillada;
de igual modo las fuentes
y la curva espiral de las serpientes;
de igual modo los mares
y el caliente montón de los hogares;
de igual modo las plantas
y el simbolismo de las cosas santas;
de igual modo las aves
y los peces; las casas y las naves;
el hombre y la mujer; las energías
de su mano y el astro de los días;
las industrias, las artes,
ídolos, armas, palios y estandartes...

El pedernal es Dios; por Él mi azada
está toda endiosada
y es divina en la sombra su tarea
y, cavando la fosa, crea..., crea...

III

— Padre ermitaño, el rumor de tu azada
no sé qué tiene que está amenazándome;
dime si es cierto que en ella crepitan
los cataclismos de muertes astrales.

Dime si es cierto que están en tu azada
todas las causas de todos los males,
y las cenizas de todos los muertos
y los abortos de todas las madres.

Dime si es cierto que, al dar en la sombra,
quiebra tu azada los pomos fatales
de donde fluyen los arduos venenos
y donde bebe ponzoñas el áspid.

Dime si es cierto que tiene tu azada,
desde el rincón en que vas enterrándote,
la odiosidad de las malas miradas,
la lividez de los crudos puñales.

Dime si es cierto que siegas con ella
briznas de yerba y raíces de árboles;
que haces con ella camino á las víboras
y abres los negros cubiles voraces.

Dime si es cierto, señor ermitaño,
que en esa azada que yergues y abates,
de los ahorcados de todos los tiempos
pendiendo están las cabezas exangües.

IV

En la sombra de la choza
se hacía una claridad
verdosa, como en las albas,

después de la tempestad.
Las barbas del ermitaño
cenizas son de un volcán;
blancas cenizas, corriendo
en alas de un vendaval.
Desde la fosa en que cava
sale una voz espectral;
las palabras se desgranán
en el silencio, á compás,
como los granos de arena
de una clepsidra fatal.
Un mundo fenece en ellas;
yo las oigo resonar
como alas de aves nocturnas
en los muros de un desván:
mi sangre, oyéndolas, pierde
todo su calor vital.

Dice padre ermitaño :

—En este tronco viejo de mi azada
tengo toda la muerte aprisionada;
cuando por él la cojo,
toda la creación sufre despojo;
que el mango de mi azada es leño muerto
y en él vive á cubierto
de toda represalia, Dios-tirano,
Dios-carcoma, Dios-podre, Dios-gusano.

Del gusano del leño de mi azada
pende la creación amedrentada;

y él se yergue, de modo
que en él, astro ó basura, acaba todo.
Escapara el espíritu á sus dientes;
pero hay ansias fervientes
que lo hacen creador y lo incorporan
á la materia, en que ellos le devoran...

Por él se me deshacen en la mano
miembros de niño y frutas del verano;
cetros de emperadores
y cayadas lustrosas de pastores;
gigantescas montañas
y obscuras puertecitas de cabañas;
monumentos, acciones,
lunas, palacios, mundos, estaciones,
islas, historias, cifras, hemisferios;
todo el amor y todos los imperios.

Esta azada, por este Dios-gusano,
es como hoz en mi mano;
lo que ata el pedernal, él lo desata;
ríe, roe que roe de su hermano,
y, cavando la fosa, mata..., mata...

V

La choza es luz y tinieblas;
Vendimión, Dios y Diablo;
sus barbas, lumbre y ceniza;
vida y muerte, su trabajo;

de la indefinible fosa
sale una voz anunciando :

«Devoro para crear,
creo para devorar;

soy aechador eterno
y harina de estrellas cierno.

¡Pasa, pasa blanca harina,
que serás Hostia divina!

¡Pasa y repasa, que quiero
que quede limpio el harnero!

Barro de la creación,
ven á purificación.

¡Vuelve á volar, á volar,
sangre humana, sal de mar!

¡Vuelve á la luz, á la luz,
flor-idea, leño-cruz!

Hijo de los pies sangrientos,
¿no quieres dar á los vientos
la harina de tus tormentos,
la paja de tu inquietud?

Hijo de los pies hendidos,
en mi harnero bien cernidos,
tus afanes incumplidos
llegarán á plenitud.»

HORA TERCERA

I

Padre ermitaño concluye
su tarea en santa paz;
desde su lecho de tablas
donde me tendí al llegar,
dolorido (así el que sale
de un sueño que le hizo mal),
yo le veo por la choza
vagamente ajetrear.

Sobre una piedra dispone
para los dos el yantar :
agua del monte, unas yerbas
y dos pedazos de pan.
— Hijo de los pies sangrientos,
¿me querrás acompañar?
— Vendimión, padre ermitaño,
así Dios te dé la paz,
así te esclarezca el agua,
así te prospere el pan;
la mesa que hoy nos partimos
así podamos, abad,
á la derecha del Padre,
partirla en la eternidad. —

Él mismo me sirve el agua
y él mismo me corta el pan.
— Vendimión, padre ermitaño,
¿me podrías aclarar
un triste sueño que tuve?
Más horribles no los hay.
— Hijo de los pies sangrientos,
empézalo á relatar.
— Vendimión, padre ermitaño,
no sé por dónde empezar :
leño muerto era tu azada,
leño muerto y pedernal;
con el uno dabas muerte,
con el otro eternidad;
las palabras que decías
no las llevo á recordar;
la mitad eran de vida,
de muerte la otra mitad;
Vendimión, padre ermitaño,
eras Dios al empezar,
gusano fuiste después,
luciérnaga al terminar...
Yo no sé qué más he visto;
¿me lo puedes declarar? —

Vendimión, padre ermitaño,
sonreía en santa paz.
— No me digas más del sueño,
hijo, no me digas más;
es tu propio corazón

lo que te has puesto á soñar;
 la azada entera eres tú,
 no mientes la del abad;
 tu cuerpo es el leño muerto,
 tu espíritu el pedernal,
 las palabras tus acciones,
 mi fosa la eternidad.
 Si te has espantado en sueños,
 comienza á espantarte más...—

El ermitaño sonríe
 y acabamos el yantar.

II

— Vendimión, padre ermitaño,
 ¡malhaya la noche negra,
 cuando se duermen los párpados
 y los corazones velan!
 Vendimión, en estas tablas
 mis pobres huesos se quiebran;
 no dormirás tú mejor
 tendido sobre las piedras,
 ¿sí, para esperar el sueño,
 nos saliéramos afuera?...—

Toda la noche nos mira
 con sus millares de estrellas.

¡Camino blanco en la noche,
 camino trillado, senda
 que vas del pie de la choza
 hasta el pie de la cisterna!
 Vendimión, padre ermitaño,
 me va guiando por ella;
 se sienta bajo un ciprés,
 y yo me tiendo en la yerba.
 — Vendimión, padre ermitaño,
 tú que eres pozo de ciencia,
 si me quisieras dar agua
 se endulzarían mis penas. —

Sonríe padre ermitaño.
 — ¿No te basta la cisterna?
 Bien cerca de ti la tienes,
 la luna se mira en ella.
 — Vendimión, ¡líbrame al menos
 de esta sonrisa serenal
 ¡líbrame de tus sarcasmos
 y de tus indiferencias!
 Vendimión, padre ermitaño,
 bien lo conoces que juegas
 con tempestades de angustias,
 con huracanes de penas;
 bien sabes á qué he venido
 tarde, á la tarde, á tu vera;
 bien sabes qué sueños hice,
 bien sabes qué me atormenta;
 la alforja que dejé entrando

sobre una roca en las yerbas,
me está pesando en la espalda;
dime qué he de hacer con ella. —

Por última vez sonrío;
la casta luna blanquea
su barba blanca; se apoya
sobre la cayada recia,
y luego su voz, moviendo
de una soledad suprema,
en la calma de la noche,
con estas palabras suena :

III

«Morirás.

No temas
que este horrible peso
de tu alforja oprima
sin cesar tu espalda.

Morirás.

Serán
aire tenue, tenue,
tus ojos, tus manos,
tu sangre, tus huesos.

Morirás.

Tendrás
la paz, el olvido,

la calma, el reposo,
la muerte, la muerte.

Morirás.

Se harán
sordos tus oídos,
ciegas tus pupilas,
mudos tus dos labios.

Morirás.

Ya no
palparán tus manos
la frente del hijo,
sospechando fiebres.

Morirás.

Se irá
la ferviente amada
lejos de tu lado,
sin que tú la sigas.

Morirás.

Harán
los poetas himnos,
sin que tú te exaltes
para superarlos.

Morirás.

Habrá
injusticias, dudas,

impiedades, crímenes,
sin que tú aires.

Morirás.

Verá
la bondad su túnica
blanca, ensangrentada,
sin que tú la laves.

Morirás.

Irán
dolores, dolores
por toda la tierra,
sin que tú los sientas.

Morirás.

¿Qué más
pides, hijo mío?
Tu alforja, aire y humo,
tornará humo y aire.

Morirás...»

IV

- Padre ermitaño, ¡siento frío!
Sigue, sigue diciendo.
- Irás al seno de Dios Padre,
durmiéndote en su seno.

- Padre ermitaño, no me basta :
sigue, sigue diciendo.
- Verás la esencia de las cosas
en su fervor eterno.
- Padre ermitaño, no me basta,
si yo mismo no hiervo.
- Hervirás en la esencia de las cosas,
uno con ellas siendo.
- Padre ermitaño, no me basta,
si al cabo yo me pierdo.
- Te perderás; pero serás el Todo.
— Padre mío, no quiero.
- Antes que tú lo hicieron otros.
— ¡No, padre, no lo creo!

No quiero paz, no quiero calma
compradas á ese precio.

¡Fervor, fervor, fervor, y lucha y lucha,
y siempre más tormento!

¡Ser yo, no ser sino yo mismo, siempre,
contra todos, deseo!

Ser yo, con esta sangre que me abrasa,
con estos sufrimientos.

Ser yo, con estos ojos que dan lágrimas;
¡benditos sean ellos!

Ser yo, con estos labios que me expresan
y en quienes me renuevo;

ser yo, caduco siempre, siempre altivo,
esperando y temiendo;

ser yo; verme en las cambios de la vida
siempre este mismo gesto;

encontrarle á mi sangre el mismo gusto
cada vez que me hiero;

tener siempre, á las rosas de mi infancia,
resabio, en mi recuerdo;

contar con un mañana siempre, siempre,
inasequible, inabordable, eterno.

V

Padre ermitaño, dime, dime
que no es inútil mi deseo...
Padre ermitaño, sé testigo
de las angustias con que rezo;

mira que aquí, sobre las yerbas,
avaramente me revuelco
ansioso, ansioso de meterme
la vida universal adentro.

Sé intercesor con Dios, ¡oh padre!
dile que llevo, satisfecho,
sobre las llagas de mi espalda
toda la carga que me ha puesto.
Dile que estoy hecho de tierra
y que de tierra son mis huesos,
y que la tierra es mía, ¡mía!,
y que mi amor todo es terreno...
Dile que tomo entre mis manos
todas las ansias, todo el peso
de los destinos redentores,
y que á llenarlos voy dispuesto.
Dile que nada de la vida
me cansa; dile que no tengo,
fuera del mundo, preferencias;
que ya le sirvo y ya le veo
—bendito Dios—desde la tierra;
que otros deliquios no deseo;
qué lentamente, lentamente,
llevar conmigo el mundo quiero
á lo divino, á lo divino,
por los caminos hacaderos...
Que mi persona está extendida
por montes, mares, ríos, pueblos;
que hay largos días de camino

desde mi frente hasta mi pecho;
 que hay carne mía y sangre mía,
 y llanto y piel de mí pellejo,
 por los rincones de las villas,
 por la impiedad de los senderos;
 que yo soy todo tan del mundo,
 que yo soy todo tan terreno,
 que tengo, como los arbustos,
 días del año en que florezco;
 que tengo inviernos y veranos,
 y siento el cambio de los tiempos,
 y que vegeto sin cultivo,
 como en las piedras los romeros...

Dile que nunca he maldecido
 la luz del sol que á Dios le debo;
 que no me asustan los dolores,
 que no me apocan los recuerdos,
 que no me cansan los trabajos,
 que cada día sufro menos...

Dile estas cosas con palabras
 bien transcendentales á olor de heno,
 á son de ríos, á vendimias,
 á torrentadas en el viento.
 Dile estas cosas con palabras
 hechas del humo de los leños
 en las cocinas familiares
 por las vigiliass del invierno;
 dile estas cosas con palabras

bien empapadas en el deajo
 de los arcones de las casas
 que en muchos años no se abrieron...
 Dile estas cosas con palabras
 donde pondrás el vaho espeso
 de los establos de los bueyes,
 cuando los aires cuaja el hielo;
 el vaho aquel de aquellos bueyes
 en que se descogió su cuerpo
 la noche fría de diciembre,
 cuando Dios mismo fué terreno...

Acaso nunca esta plegaria
 labios mortales se la hicieron;
 acaso espera el gran milagro
 que lo haga vivo un gran deseo...

Padre ermitaño, no te tardes;
 mira las ansias con que quedo;
 que Dios te escuche; que yo sea
 siempre mejor, nunca perfecto,
 no por los siglos de los siglos,
 sino en el tiempo de los tiempos...

VI

La luna resbala intacta.
 Padre ermitaño pregunta:
 —Hijo de los pies sangrientos,
 por fuerza erraste la ruta;

lo mismo que á otros consuela,
 á ti te causa amargura;
 dime en tu alforja qué llevas,
 á ver si acabas mis dudas.
 Cuando su carga te rinde,
 no entiendo por qué te asusta
 tener que dejarla un día,
 llegando á tu sepultura...

VII

— Vendimión, padre ermitaño,
 hipócrita marrullero,
 Satanás, macho cabrío,
 Vendimión, padre del yermo;
 con estas maneras tuyas,
 ¡cuántas víctimas has hecho!
 Viles medicinas das,
 ¡todas rezuman veneno!

Preñada tengo mi alforja,
 no de penas, de deseos;
 llena de carne de infantes,
 no de huesos de esqueleto;
 alás me la colman, no
 muletas; que no es el peso
 lo que me llaga la espalda,
 sino el bullir de allá dentro;
 no sé, en los largos caminos,

si ella me lleva ó la llevo;
 si ella sobre mi gravita,
 ó soy yo quien de ella cuelgo.
 Cosa viva en carne viva,
 ella puja, yo retengo;
 torbellino á veces somos,
 ella en brincos, yo en tropiezos;
 ¡alforja mía bendita,
 gavilla de mis deseos,
 quién piensa en soltarte, cuando
 bautismo me son tus fuegos!
 Vendimión, padre ermitaño:
 bájate á estudiar tu yermo;
 mira qué nueva doctrina
 te enseñan los alfabetos
 de los árboles, las piedras,
 el sol, la lluvia y el viento.
 Guárdate bien noramala
 tu muerte bajo el pellejo,
 que, si por fuerza han de dármela,
 no puede serme consuelo;
 que somos recién nacidos,
 vive Dios, los de mi tiempo;
 hombres no porque morimos,
 hombres sí porque nacemos;
 vida, vida, vida, vida,
 ella sola y allá el tiempo;
 ¡poco ha de poder la muerte,
 cuando todos la olvidemos!

HORA CUARTA

I

El alba,
 el alba clara,
 el alba llena de gracia,
 el alba de la túnica temblante,
 el alba de resonancias,
 de voces cándidas :
 ¡el alba!

II

¡Pío!... ¡pío!... ¡pío!...
 El alba ha florecido.
 ¡Nido!, ¡tibio nido!
 ¡Parto del alba, lleno de rocío!

III

Las hormigas dueñas
 van á misa de fiesta.
 Procesión devota,
 la mantilla roja,
 las antenas tiesas.

Á misa, á misa;
 á la blanca capilla
 del molino harinero,
 donde encuentran trigo y centeno
 y paja rubia de espigas;
 donde está la basilica
 resonante y sagrada,
 abovedada y marfilina
 de aquel mundo esqueleto de calandria...

Las hormigas dueñas
 van á misa en larguísimas hileras.

IV

Una lanza de luz,
 la primera lanza que ha quebrado el sol,
 se hunde en un zarzal
 espeso, espeso y cuajado de flor...

¿Qué muerte ha habido,
 blancas hijas del bosque, en el zarzal?
 Todas se súmen,
 zarza adentro, en la gran obscuridad.

Blancas, desnudas,
 miran á la muerta, víctima del sol;
 sacuden las zarzas,
 gotea el rocío, pero arde el amor.

¡Pobre hermana muerta!
La echan sobre el césped, junto al manantial...

Luego rasgan, rasgan sus velos;
todas hacen un llanto mortal;
todas echan sus velos al aire,
y á lo obscuro, á lo obscuro se van.

— ¡Oh niebla, niebla azul, velo doliente,
melancólico y baldío! —

Y en el sol se deshace humildemente
el dolor de las náyades del río.

V

Campana, son de campana;
campana, casi palabra;
campana, te mueve el hombre;
campana, las cosas callan...

VI

Una puerta se abre, y otra y todas ya;
de aquélla una vieja sale y un zagal;
de aquí dos labriegos, dos mozas de allá;
la vieja va á misa, al huerto el zagal,
los hombres al campo, las mozas á hablar.

Blanquea un sendero detrás del pajar,
y una mula parda sale de un zaguán;
suena una carreta, montañas allá,
y unos cangilones danse é voltear;
llora un niño, chillan bestias de corral...

Hora, la del alba, ¿quién te pintará
con el son de plata de tu claridad?

HORA QUINTA

— ¡Vendimión, padre ermitaño!
 Llamo en balde, llamo en balde;
 figuraciones de noche,
 con el alba os disipasteis.
 Para seguir mi camino,
 busco mi alforja un instante
 sobre las yerbas humildes
 donde la dejé ayer tarde...

Tal vez no recuerdo el sitio;
 busco en balde, busco en balde;
 la roca es tierra menuda,
 las yerbas enanas, árboles...
 Sobre sus ramas, en ellas,
 mi alforja subió á los aires...
 ¿si será el sol, que ahora está
 cerniéndose en el ramaje?

— ¡Padre sol, hermano sol,
 hijo sol quiero llamarte!
 que los fuegos que hoy son tuyos
 míos fueron un instante;
 las bondades que hoy alumbres,
 las justicias que hoy aclares,

los amores que despiertes,
 las venturas que consagres,
 hijo sol, hoy son del mundo
 y antes fueron de mi sangre.
 ¡Sol, alforja mía, sol,
 tú lo sabes, tú lo sabes
 que te llevo en mis entrañas;
 tú lo sabes, tú lo sabes!

— ¡Vendimión, pobre ermitaño;
 cava fosas, no descanses,
 que en mi propia alforja yo,
 cuando muera, iré á abrasarme!